

PENSAMIENTO VISUAL Y GEOGRAFÍA IMAGINARIA

Francisco Villalobos Santos¹

Con este artículo pretendemos meditar en torno a un panorama que se abre al vincular algunos conceptos como: Pensamiento visual, imaginación, lenguaje, expresión y territorio. Incidiendo en la naturaleza fundacional de los lenguajes, la capacidad germinadora de todo decir, la potencialidad creadora que se vierte desde todo acto de expresión, y todo ello sobre el sustrato de la imaginación, como manantial que conforma imágenes (esquemas de sentido), o pantalla sobre la que todo estímulo se manifiesta como concreción de un símbolo, una palabra o una forma figurada. Trazando así una perspectiva desde la que superamos cierta tendencia a normalizar cuanto sucede, a ajustar y reducir lo acontecido bajo los signos de su expresión formalizada, y permitir de este modo que las cosas se muestren más allá de los significados que les atribuimos, de las funciones que de ellas solicitamos y de los modelos culturales y lingüísticos que determinan la naturaleza con la que los propios fenómenos se nos ofrecen o nos interpelan. Ampliando las posibilidades de exploración más allá de lo establecido, asentado, verdadero, correcto o consensuado.

Esta posición nos permite superar esa “autoridad del código” que ha predominado en el pensamiento occidental y que tan bien desenmascararon figuras como Nietzsche, Heidegger, Deleuze o Foucault. Superar la “autoridad del código” supone salir de la normativa que impone un modo correcto o verídico de observar, pensar, comprender y expresar el mundo. Permitir que la expresión de las cosas y de los lugares pueda manifestarse de otros modos diferentes a los normalizados, más allá de los marcos asentados de referencialidad. Que las palabras puedan hallar otros sentidos sobre los que éstas se presenten fuera de toda función meramente comunicativa. Superar la “autoridad del código” nos permite

¹ Artista plástico, poeta, músico e investigador. Licenciado en 2006 y Doctorado en 2011 por la facultad de Bellas Artes de la Universidad de Granada. Su obra se ha mostrado en ciudades como Málaga, Granada, Sevilla, Madrid, Florencia, Berlín, Lendava, Budapest, Ronda, Jerez de la Frontera, Coín y Mijas. Integrante y cofundador del proyecto de música experimental *Suuuh*, guitarrista y compositor del grupo musical *Demiurgo*. Estas son algunas de sus principales publicaciones, editadas por la Fundación García Agüera: *Nuevo despertar* (2006), *La llave invisible* (2008), *El viaje de fuego* (2011), *El Laboratorio* (2011) y *el aroma del claro* (2013). Integrante y cofundador del proyecto *Gimnosofistas*.

observar las formas inscritas en dicho sistema como frutos de la imaginación creadora, y percibir esas palabras ya no desde su aspecto referencial y normativo, sino desde ese carácter fundacional, inaugural y epifánico que corresponde a todo lenguaje o decir.

Partiendo del sustrato imaginario al que aludía Cornelius Castoriadis, aquel sobre el que se levantan todos nuestros conceptos, categorías, lenguajes, relatos y explicaciones (imaginario que determina nuestra lectura de lo real), la imaginación aparece como una potencia creadora a partir de la cual el ser se manifiesta como un magma indefinido que adopta múltiples manifestaciones en función de las expresiones a través de las cuales el mundo se revela dentro del surtidor inagotable de sus posibilidades. Ibn Arabi señala la imaginación como uno de los principales órganos de percepción del alma, tronco de todos los sentidos sutiles que podríamos vincular a la capacidad intuitiva, la clarividencia o la percepción visionaria. Otro autor sufí, Al-Karin Yili, afirmó el valor absoluto de la imaginación (la imaginación es la materia de todos los universos), en la cual encontramos el secreto de la cosmogonía como teofanía, es decir, la creación como autorrevelación divina del propio ser que se expresa y contempla a sí mismo en sus propias expresiones, en el sentido de lo que capta o siente. El “sueño de la inconsciencia” consiste en ignorar la verdadera naturaleza de las percepciones sensibles, en aceptarlas pasivamente como datos materiales, empíricos, históricos. Datos ante los cuales el hombre permanece inconsciente, ignorando el poder que en sí mismo los crea.

Imaginar significa pensar en imágenes, y toda imagen es fruto de la imaginación, por lo que esta facultad está relacionada con la posibilidad de ver (visualización), y por lo tanto con la capacidad de generar y descubrir ciertos espacios y territorios desde sus propias contemplaciones y expresiones. Toda expresión (gestual, semántica, gráfica...) es la marca de un territorio que se hace accesible desde ese decir sobre el que éste fenómeno o mundo aflora. Toda palabra está cartografiando un espacio, un fenómeno, unos principios, prioridades o cualidades. Todo desarrollo cartográfico (imagen, mapa, diagrama, objeto, sonido, canto..) es un fruto imaginario a través del cual el mundo se expresa. Toda captación o comprensión del mundo tiene lugar en el marco determinante de un imaginario social o culturalmente establecido. Hasta el punto en que nuestras acciones cotidianas o proyectos vitales se hallan determinados por ciertos esquemas mentales e imaginarios a partir de los cuales experimentamos eso que llamamos realidad, y a través de los cuales ésta nos conduce a la par de que se manifiesta en consonancia con dichos esquemas lingüísticos.

El lenguaje es la materia a través de la cual la imaginación capta y expresa cuanto recibe, un enfoque desde el que todo fenómeno, paisaje o marca se muestra como lenguaje, como sustancia o energía germinante que trae eso mismo que enuncia y presenta. Así vemos el papel que cumplen todos estos lenguajes en el devenir cultural de un pueblo, donde todas sus acciones y expresiones proceden como desarrollos cartográficos a partir de los cuales se hacen tangibles ciertos territorios, se hacen pensables ciertas ideas, transitables ciertos paisajes o imágenes, consiguiendo vislumbrar ciertos sentidos o relaciones entre las propias cosas. Por ello toda expresión gráfica, textual o musical está vinculada a una captación, algo que se muestra o se dice, tal y como si la naturaleza (como un magma indefinido), se mostrase a través de multitud de expresiones que revelan sus infinitas capas o sustratos. Todo territorio (geográfico, físico, mítico, celeste, onírico, conceptual, simbólico, corporal, espiritual..), se hace accesible a través de las expresiones (gráficas, semánticas, gestuales o sonoras) que lo ponen de manifiesto.

Entender el código dentro del cual el propio mapa se nos presenta, nos permite comprender y adentrarnos en su naturaleza, en su particular fisiología. El código dentro del cual desarrollamos un mapa no es algo premeditado con antelación, tampoco se corresponde con un plan o un diseño articulado a priori. El código (como estructura de pensamiento), y que uno utiliza de manera inconsciente y natural para expresar o relatar cuanto sucede u observa, se comprende más bien como una forma de observación que se ha naturalizado, hasta el punto en que el individuo llega a olvidar la contingencia de la que es fruto toda observación, análisis, explicación o razonamiento. Dentro de los lenguajes textuales, este código se corresponde con la estructura y funcionamiento de cierta lengua, categorías y significados dentro de los que se solicitan y experimentan las propias cosas, la gramática o estructura que articula la percepción de dicho mundo.

En este punto es importante aludir al principio de la relatividad lingüística señalado de Sapir y Whorf, donde se apunta a como el hablante de una lengua siente como natural y real su forma de percibir, pensar, comprender y expresar el mundo. Y si se agarra a esta estructura o código de lectura (cosmovisión lingüística), le será imposible percibir todos esos fenómenos, cualidades y acontecimientos que son ajenos a su código de lectura. Toda expresión del hablante (palabra, imagen, acto..), obedece a la estructura del mundo que éste imagina, actúa con respecto al código o la gramática de su mundo imaginario, y partiendo de la experiencia contingente que le ofrece su universo, explora y despliega capas del mismo. Tomar conciencia de esta virtualidad o capacidad del lenguaje para generar fenómenos y

acontecimientos, nos capacita para ver el mundo como un producto derivado de cierta forma de pensamiento, abriéndose todo un abanico ilimitado de posibilidades cuando limpiamos la mente y la percepción de juicios o patrones asentados.

Contemplando el lenguaje desde esta dimensión magmática, comprendemos como el lenguaje no representa nada ni hace referencia a ningún objeto ajeno a sí mismo, sino que crea y presenta aquello que dice. Desde la expresión se teje o conforma un suceso, se dibuja un territorio que se hace accesible y palpable desde su propia expresión. Cada palabra, imagen o sonido genera una dimensión experienciable, un espacio vital que se hace transitable a medida que andamos por él, un territorio que continúa expandiéndose a partir de cada nuevo gesto a través de los cuales dicho mundo se presenta o manifiesta.